

UN TESORO EN VASOS DE BARRO

CONTRIBUCIÓN A UNA REFLEXIÓN ECUMÉNICA SOBRE HERMENÉUTICA*

PREFACIO

En el presente texto se estudia el ámbito de la hermenéutica, que, aunque complejo y potencialmente conflictivo, puede ser muy creador; tiene por objeto específico la tarea hermenéutica implícita en la búsqueda ecuménica de la unidad visible de la Iglesia. Este estudio, encomendado por la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución (Santiago de Compostela, 1993), es parte de la labor en curso de Fe y Constitución.

Las cuestiones relativas a la hermenéutica se han planteado desde los comienzos de la actividad ecuménica. Las respuestas de las Iglesias al documento sobre Bautismo, Eucaristía y Ministerio dejaron bien sentado que Fe y Cons-

* Texto original inglés: *A Treasure in Earthen Vessels. An Instrument for an Ecumenical Reflection on Hermeneutics*; elaborado y publicado por el Consejo Ecuménico de Iglesias, en su sección *Faith and Order Paper*, n.º 182, Ginebra 1999, 42 pp. La traducción es también del Consejo Ecuménico de Iglesias.

titución tenía que reflexionar sobre lo que sucede cuando autores, lectores e intérpretes de documentos ecuménicos pertenecen a muy distintos contextos y confesiones. Y, desde entonces, se ha acentuado y ampliado la importancia de la tarea hermenéutica para el Movimiento Ecuménico. De hecho, representantes de las Iglesias de todas las partes del mundo que participaron en la Conferencia de Santiago pusieron de relieve que la labor de Fe y Constitución no podía progresar y dar fruto sin una seria investigación acerca de las cuestiones hermenéuticas.

El presente texto es el resultado de tres consultas de estudio (Dublín 1994, Lyon 1996 y Bossey 1997) y de dos reuniones de redacción (Boston 1994 y Faverges 1998). En esas reuniones participaron miembros de la Comisión de Fe y Constitución, del Consejo Mundial de Iglesias, y eruditos particularmente interesados en cuestiones de hermenéutica. Los participantes procedían de todas las partes del mundo y representaban muchas tradiciones eclesiales, en particular anabaptista/pietista, anglicana, católica romana, luterana, metodista, ortodoxa, reformada y vieja católica. Versiones preliminares fueron objeto de críticas y revisiones en distintas fases por parte de la Junta de Fe y Constitución, así como por su Comisión Plenaria en la reunión que ésta celebró en Moshi (Tanzanía) en 1996. También fueron estudiadas por especialistas de distintos lugares, que dieron a conocer sus comentarios. Todas y cada una de las respuestas recibidas a lo largo de ese proceso han sido objeto de la mayor atención.

Esperamos que el presente texto sea útil para:

- grupos y comités encargados de preparar documentos ecuménicos o de responder a esos documentos;
 - consejos de Iglesias que formulen programas de estudio;
- personalidades ecuménicas y comités ecuménicos de Iglesias encargados de las relaciones entre las Iglesias;
 - personas que ejerzan un ministerio de supervisión pastoral;
 - Iglesias locales y sus ministros;
- profesores de ecumenismo.

En cada caso, todas estas personas y grupos están invitados a tener en cuenta la investigación hermenéutica ecuménica que hemos comenzado aquí. Una de las mejores formas de recibir este texto es utilizarlo para elaborar orientaciones hermenéuticas y otros materiales de estudio adaptados a situaciones confesionales, ecuménicas y contextuales concretas. Por último, esperamos que ésta sea una contribución al testimonio del «tesoro» que hemos recibido de Dios y que guardamos en «vasos de barro».

INTRODUCCIÓN

1. El insondable misterio del amor de Dios se puso de manifiesto, por obra del Espíritu Santo, en la Alianza con Israel, y fue plenamente revelado en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Y ese misterio ha sido proclamado en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. La fe cristiana es el don salvífico de Dios, que permite a los creyentes recibir la buena noticia del amor de Dios por todos los seres humanos y convertirse en hijos de Dios y miembros de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. La fe en Cristo da vida a la comunión (*koinonía*) de la Iglesia. Y esa fe ha sido transmitida y recibida desde los tiempos apostólicos, de generación en generación y de una cultura a otra.

2. Esta transmisión se efectúa en el contexto de las ambigüedades de la historia humana y de los desafíos de la vida diaria del cristiano. Por eso Pablo puede hablar de nosotros como portadores de «este tesoro en vasos de barro» (2Cor 4,7). Porque la fe se plasma también en formas humanas de expresión e interpretación, de diálogo y comunicación, que son manifestaciones frágiles y muy frecuentemente encarnaciones fragmentadas del misterio que ha sido revelado, del que nunca dan cuenta de manera adecuada. Entre estas múltiples formas humanas de expresión se encuentran no sólo los textos, sino también los símbolos y los ritos, las narraciones y las prácticas. Sólo al final de los tiempos la Iglesia contemplará el misterio revelado de Dios más allá de los límites del conocimiento sólo parcial que ahora tiene para llegar «a conocer como somos conocidos» (1Cor 13,9-12).

3. La unidad en la confesión de la fe es una de las formas esenciales en que se manifiesta la *koinonía* de la Iglesia. El Movimiento Ecuménico ha ayudado a las comunidades cristianas divididas a entender que ya ahora están unidas en una «*koinonía* real, aunque imperfecta» (Santiago de Compostela, 1993). Esta constatación no puede, sin embargo, ocultar la persistencia de importantes diferencias en la interpretación de la fe. Para ser fieles a su vocación de crecer en comunión, las Iglesias tienen que reflexionar juntas sobre las distintas formas de expresión e interpretación de la fe.

4. Los cambios sin precedente provocados en nuestros tiempos por la evolución de los medios de información y de comunicación aumentan la conciencia que tienen los cristianos de las diferencias religiosas, culturales, políticas y económicas que caracterizan a la familia humana. Y la comunidad de creyentes tiene que reformular su fe en esos diferentes contextos. En este sentido, la misión de proclamar el Evangelio en términos significativos para las gentes de hoy es esencialmente una tarea hermenéutica. Todas las Iglesias tienen la misión de proclamar de manera creíble la Palabra de Dios en el contexto de la diversidad de culturas de nuestro tiempo mediante los instrumentos orales y visuales de comunicación tradicionales o utilizando los que ofrece la tecnología contemporánea.

1. *La tarea de la hermenéutica ecuménica*

5. El propósito concreto del presente texto es explorar las posibilidades que ofrece una hermenéutica *ecuménica*. Esta hermenéutica tiene en común con otras formas de hermenéutica la misión de facilitar la interpretación, la comunicación y la recepción de textos, símbolos y prácticas que dan forma y sentido a comunidades concretas. En los últimos años las definiciones de la hermenéutica se han multiplicado, tanto en el ámbito de la filosofía como en el de la teología, y el alcance de este término se ha ampliado para rebasar su significado inicial, es decir, una serie de principios para la interpretación de las Sagradas Escrituras. En el presente texto entendemos por hermenéutica tanto el

*arte de interpretar y aplicar textos, símbolos y prácticas del pasado en el presente, como la teoría sobre los métodos de esa interpretación y aplicación*¹.

Más específicamente, la hermenéutica teológica se refiere a los textos, símbolos y prácticas que se han heredado y han ido tomando forma dentro de una tradición de fe. Para los cristianos esta tradición de fe comprende las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como las expresiones de la fe cristiana transmitidas y reformuladas a través de los siglos. Dentro de la hermenéutica teológica, la hermenéutica ecuménica sirve para la tarea concreta de determinar cómo los textos, los símbolos y las prácticas en vigor en las distintas Iglesias pueden ser interpretados, comunicados y recibidos desde el momento en que las Iglesias entablan un diálogo. En este sentido es una hermenéutica al servicio de la unidad de la Iglesia.

6. El proceso de reflexión hermenéutica impulsa y permite una relectura viva y fiel de cualquier texto, símbolo o práctica existentes. Toda hermenéutica orientada hacia la unidad debería:

- tender a una mayor coherencia en la interpretación de la fe y en la comunión de todos los creyentes cuando juntos unen sus voces para alabar a Dios;
- hacer posible una (re)apropiación mutuamente reconocible de las fuentes de la fe cristiana;
- y preparar formas comunes de confesión y de oración en espíritu y en verdad.

¹ Las siguientes definiciones, tomadas de diccionarios recientemente publicados de filosofía, revelan cierto grado de consenso entre las publicaciones científicas sobre el tema. Ejemplos: *Hermenéutica*: «Método de interpretación, primero de textos, y en segundo lugar de todo lo que atañe a la sociedad, la historia y la psicología» *Oxford Dictionary of Philosophy*, (Oxford 1994); «Arte o teoría de la interpretación, o... la interacción entre el intérprete y el texto que es parte de la historia de lo que se interpreta» *Cambridge Dictionary of Philosophy* (Cambridge 1995); «Metodología del recto entendimiento y la lógica explicación y aplicación de los textos» *Europäische Enzyklopedie zu Philosophie und Wissenschaften* (Hamburgo 1990).

Esa interpretación, que trata de manifestar la unidad fundamental de la fe y de la comunidad cristianas, ha sido llamada *hermenéutica de la coherencia*. Al mismo tiempo, el proceso de reflexión hermenéutica pone de relieve el carácter temporal de las formas y formulaciones tradicionales, así como cualesquiera intereses ambiguos o personales que hayan podido tener intérpretes en el pasado o en el presente. Esto significa que los intérpretes también deberían ser interpretados. Este aspecto de crítica y de prueba de la tarea hermenéutica se conoce con el nombre de «hermenéutica de la sospecha». Como proceso permanente, una hermenéutica ecuménica responsable se esforzará por servir a la verdad, alertada por la sospecha, pero buscando siempre la coherencia.

7. La Iglesia está llamada a ser una *comunidad hermenéutica*, es decir, una comunidad en el seno de la cual existe el compromiso de volver a examinar e interpretar los textos, los símbolos o las prácticas existentes. Una comunidad hermenéutica tiene también como tarea superar los malentendidos, las controversias y las divisiones; discernir los peligros; resolver los conflictos; e impedir los cismas provocados por interpretaciones contradictorias de la fe cristiana. También hay que tener en cuenta las necesidades del pueblo de Dios en las circunstancias siempre cambiantes de una vida de fe y testimonio. Y, como comunidad hermenéutica, la Iglesia se compromete ella misma a ser a su vez interpretada por la Palabra de Dios, que la interpela sin cesar.

8. Esto se aplica a todas y cada una de las Iglesias locales, y constituye un constante desafío dentro de cada familia confesional de Iglesias. Por otra parte, y a medida que las Iglesias entablan un diálogo en la comunión cada vez mayor que mantienen dentro del Movimiento Ecuménico, se crea una comunidad hermenéutica más amplia y más completa. Al participar en el diálogo ecuménico, cada Iglesia y cada tradición se abren a sí mismas a la interpretación que de ellas puedan hacer otras Iglesias y otras tradiciones. Escuchar a los otros no significa necesariamente aceptar lo que digan otras Iglesias, sino reconocer la posibilidad de que el Espíritu pueda hablar a esas Iglesias y a través de ellas. Podría hablarse aquí de *hermenéutica de la*

confianza. Toda hermenéutica dirigida a la unidad debería utilizar un método ecuménico que permitiera a los cristianos de distintas culturas y contextos, así como de distintas confesiones, encontrarse en una actitud de respeto unos con otros, abiertos siempre a una *metanoia* que sea una verdadera transformación del espíritu y del corazón.

9. El Movimiento Ecuménico ofrece a las Iglesias ocasiones concretas para que, juntas, reflexionen sobre cuestiones de interpretación y comunicación en aras de la unidad eclesial y de la renovación de la comunidad humana. Dicho esto, es evidente que muchas divisiones entre los propios cristianos tienen su origen en interpretaciones contradictorias de textos, símbolos y prácticas de la propia fe cristiana. Si nosotros reflexionamos juntos y nos ponemos de acuerdo sobre la forma en que han de interpretarse las tradiciones, puede que logremos comprendernos mejor y hasta superar las divisiones que existen entre las Iglesias, sean divisiones antiguas, sean divisiones más recientes. De ese modo, la reflexión común sobre nuestras interpretaciones está al servicio del «carisma de la verdad» que se ha confiado al pueblo de Dios y forma parte de su ministerio apostólico. Como ejercicio eclesial común del don de discernimiento, esa reflexión revela el poder de salvación del Espíritu Santo que nos da a conocer el Evangelio y nos une a Dios. También arroja más luz sobre el propio mensaje del Espíritu, resolviendo conflictos y evitando cismas, facilitando el intercambio de ideas entre las distintas iglesias y respondiendo a las necesidades y a los interrogantes del pueblo de Dios en las circunstancias actuales.

10. La necesidad de reflexión hermenéutica no es peculiar de nuestros tiempos. Durante toda la historia del cristianismo, las distintas Iglesias y denominaciones han utilizado diferentes formas de interpretación en sus diversas culturas y contextos. Dada la riqueza de las diferencias culturales y lingüísticas, dadas las variadas estructuras de adopción de decisiones y las muchas formas de leer las Escrituras que han ido surgiendo a lo largo de los siglos, y dado el factor, quizá más importante, del insondable misterio de Dios, que sobrepasa toda expresión humana, no podemos menos que alegrarnos de gran parte de la diver-

sidad que existe en la interpretación y en la práctica de la fe apostólica. Tenemos que reconocer, en efecto, que el misterio oculto de Dios nos es revelado de muchas formas y que lo que tenemos que hacer es reconocer, juntos, la variedad de formas en las que ese misterio ha sido y sigue siendo interpretado, expresado y vivido. Sin embargo, al mismo tiempo y en nombre de la coherencia de la fe y de la unidad de la comunidad, es esencial un entendimiento común del proceso de interpretación que permita a las Iglesias afirmar juntas su identidad cristiana común y mantenerse abiertas a lo que el Espíritu dice a cada una de ellas por medio de la fe, la vida y el testimonio de las demás².

2. Los orígenes del presente estudio

11. La reflexión sobre la hermenéutica se plantea con renovada urgencia en este momento de la historia del Movimiento Ecuaménico. Existe un nuevo ambiente de confianza y de responsabilidad mutua, pero, al mismo tiempo, surgen dudas e incluso retrocesos, porque las Iglesias no ven claramente el sentido del trabajo en curso hacia la unidad visible. Los treinta años de diálogo de Fe y Constitución, así como los diálogos de otras comisiones multilaterales y bilaterales, han producido numerosos acuerdos y textos de convergencia dirigidos a un común entendimiento del Evangelio y de la Iglesia, de sus confesiones de fe, sus sacramentos y su ministerio. Pero aún quedan muchas cuestiones por resolver. En la situación en la que nos encontramos actualmente, la imposibilidad de participar juntos en la mesa eucarística es motivo de dolor para muchos cristianos. Y, en particular, textos como *Bautismo, Eucaristía y Ministerio; Confesar la Fe Común e Iglesia y Mundo* han suscitado cuestiones de índole hermenéutica para la vida de las Iglesias. El proceso de respuestas oficiales al documento BEM

² Cf. Fe y Constitución, Bautismo, Eucaristía y Ministerio (Lima 1982). Ministerio, n. 52. Dicho documento puede encontrarse en A. González Montes (ed), *Enchiridion Oecumenicum*, vol. I (Salamanca 1986) pp. 888-931.

ha puesto de relieve muchos presupuestos hermenéuticos no examinados que sirven de base no sólo a las respuestas de las Iglesias, sino también a la cuestión fundamental de la medida en que éstas pueden reconocer en el texto BEM la fe de la Iglesia a través de la historia³. La necesidad de reflexionar juntos sobre hermenéutica es tanto más urgente cuanto que nuevas interpelaciones de cristianos que viven en el mundo de hoy amenazan con provocar nuevos cismas, tanto en las Iglesias como entre las Iglesias.

12. Al describir la situación actual entre las comunidades cristianas divididas como de «*koinonía* real, aunque todavía imperfecta», la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, en Santiago de Compostela (1993), señaló tres tareas distintas, pero relacionadas entre sí, que calificó de vitales para la continuación del proceso:

- superar y conciliar las diferencias criteriológicas relativas a una fiel interpretación del único Evangelio, reconociendo la riqueza multiforme y la diversidad del canon de las Escrituras, tal como éste es leído, explicado y aplicado en la vida de las Iglesias, pero reforzando al mismo tiempo la conciencia de la única Tradición en medio de las muchas tradiciones⁴;
- expresar y comunicar el único Evangelio en los distintos, y a veces contradictorios, contextos, culturas y lugares⁵;
- promover la responsabilidad mutua, el discernimiento y una enseñanza que tenga autoridad, así como la credibilidad del testimonio común ante el mundo, y, finalmente, la plenitud escatológica de la verdad en el poder del Espíritu Santo⁶.

³ *Baptism, Eucharist and Ministry 1982-1990: Report on the Process and the Responses*, doc. n. 149 (Ginebra 1990) 32-35.

⁴ «Documentación de la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución» *Diálogo Ecueménico* XXVIII, (1993), Sección II, n. 18, p. 407.

⁵ *Ibid.*, Sección I, n. 15 y 16, p. 396.

⁶ *Ibid.*, Sección III, n. 31, p. 421 y ss., y Sección IV, n. 3, p. 423.

13. El presente texto tratará de esas tres tareas del modo siguiente:

- En la primera sección (*A. Un entendimiento común de la única Tradición*) se aplicará un marco explícitamente hermenéutico a los importantes temas que plantea el estudio de Montreal «La Escritura, la Tradición y las tradiciones». Esta reflexión puede llevarnos más allá de Montreal al considerar la interpretación de la Escritura y la tradición teniendo en cuenta la dimensión hermenéutica, y al expresar, en particular, una mayor sensibilidad a las condiciones propias de la interpretación.
- En la segunda sección (*B. Un Evangelio en muchos contextos*), se examina, desde un punto de vista hermenéutico y teológico, la importancia del hecho de que en el Movimiento Ecuménico participen comunidades de muy distintas culturas y contextos, y ofrece reflexiones que pueden conducir a un diálogo intercontextual más fructífero.
- En la tercera sección (*C. La Iglesia como comunidad hermenéutica*) se examinan tres dimensiones del proceso de interpretación: la actividad de discernimiento, el ejercicio de la autoridad y la tarea de recepción.

A. UN ENTENDIMIENTO COMÚN DE LA ÚNICA TRADICIÓN

1. *El estudio de este tema en el pasado*

14. Cabe destacar, en los últimos cien años, los importantes resultados de la reflexión teológica llevada a cabo de común acuerdo por el Consejo Mundial de Iglesias, las Comuniones Cristianas Mundiales y los diálogos bilaterales, así como los consejos de cada una de las Iglesias. Y como siempre existe el peligro de la «amnesia» ecuménica, es preciso que los que participan en el proceso de interpretación utilicen los documentos originales, así como los

muchos libros y folletos explicativos que dan a conocer los acuerdos ecuménicos. En relación con esa reflexión del pasado, la Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución es particularmente importante para el tema de nuestro estudio.

15. La Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, celebrada en Montreal en 1963, declaró:

Por *Tradición* entendemos el propio Evangelio, transmitido de generación en generación por la Iglesia y en la Iglesia, así como a Cristo mismo presente en la vida de la Iglesia. Con la palabra *tradición* designamos el proceso de tradición. Y empleamos el plural *tradiciones* en dos sentidos: para indicar la diversidad de las formas de expresión, así como lo que llamamos tradiciones confesionales (por ejemplo, la tradición reformada o la tradición luterana). La palabra aparece también con otra acepción, cuando hablamos de tradiciones culturales (Sección II, n. 39).

Nuestro punto de partida es que todos vivimos en una Tradición que se remonta a nuestro Señor y que tiene sus raíces en el Antiguo Testamento, y que todos somos deudores de esa Tradición en cuanto hemos recibido la verdad revelada, el Evangelio, transmitida de generación en generación. Podemos, por lo tanto, decir que existimos como cristianos por la Tradición del Evangelio (la *paradosis* del *kerigma*) atestigüado en la Escritura, transmitido en la Iglesia y por la Iglesia gracias al poder del Espíritu Santo (Sección II, n. 45).

En la historia cristiana, las tradiciones son diferentes de la Tradición, aunque estén relacionadas con ella. Son expresiones y manifestaciones, en diversas formas históricas, de la única verdad y la única realidad en Cristo. Esta forma de definir las tradiciones plantea graves problemas... ¿Cómo podemos distinguir las tradiciones que incorporan la verdadera Tradición de las tradiciones meramente humanas? (Sección II, n. 47 y 48).

16. Así pues, la Conferencia de Montreal ayudó a las Iglesias a tomar conciencia del hecho de que la Escritura da testimonio de la única Tradición y que esa Tradición es transmitida a través de la Iglesia por el Espíritu Santo. Esto significa que el canon de la Escritura nació dentro de la Tradición, que encuentra a su vez su expresión en las distintas

tradiciones de la Iglesia. De esa forma, la Conferencia de Montreal ayudó a superar la vieja oposición entre los principios de la «sola Scriptura» y de la «Escritura y la tradición», y a poner de relieve que los diversos criterios hermenéuticos de las distintas tradiciones son inseparables. La interacción permanente entre la Tradición y las tradiciones permite una transmisión fiel (aunque, de vez en cuando, haya habido distorsiones) de la fe apostólica.

17. Sin embargo, lo que la Conferencia de Montreal no explicó cabalmente fue lo que significa el hecho de que la única Tradición pueda plasmarse en tradiciones y culturas concretas. Por lo que respecta a la búsqueda de un principio hermenéutico, la Conferencia enumeró las distintas maneras en que las Iglesias resuelven ese problema, pero no entró en cuestiones criteriológicas tales como la forma de discernir la autenticidad de la fe en una situación en que las perspectivas y los marcos culturales, o los principios hermenéuticos, están en conflicto⁷. Por último, la Conferen-

⁷ Cf. «Escritura, Tradición y tradiciones» n. 53, en P.C. Rodger y L. Vischer (eds.), *Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, Montreal 1963*, doc. n. 42 (Londres 1964) n. 53:

«En algunas tradiciones confesionales, el principio hermenéutico aceptado ha sido que una determinada porción de la Escritura debe ser interpretada a la luz de la Escritura como un todo. En otras se ha buscado la clave en lo que se consideraba el centro de la Sagrada Escritura, y se ha puesto un énfasis mayor en la Encarnación, o en la Expiación y la Redención, o en la justificación por la fe, o en el mensaje de la proximidad del Reino de Dios, o en la enseñanza moral de Jesús. Aun en otras, todo el acento ha recaído en lo que la Escritura dice a la conciencia individual, bajo la dirección del Espíritu Santo. En la Iglesia Ortodoxa, la clave hermenéutica se halla en el pensamiento de la Iglesia, particularmente tal como se expresa en los Padres de la Iglesia y en los concilios ecuménicos. En la Iglesia Católica Romana, la clave se encuentra en el depósito de la fe, del cual el magisterio de la Iglesia es custodio. En otras tradiciones son los credos, complementados por los documentos confesionales o las definiciones de los concilios ecuménicos y el testimonio de los Padres, lo que se considera la clave correcta para la interpretación de la Escritura. En ninguno de estos casos en que el principio de interpretación se halla en una instancia distinta de las Escrituras mismas se considera que tal autoridad sea ajena al concepto central de la Escritura. Por el contrario, el principio de interpretación no tiene otro valor que el de ofrecer una clave para comprender lo que la Escritura dice».

cia de Montreal no pudo ir más allá que la Declaración de Toronto del CMI (1950), que deliberadamente no proporcionó más criterios que la «Base» del CMI⁸ para evaluar la autenticidad o la fidelidad de las tradiciones de sus Iglesias miembros, para no hablar de otras tradiciones humanas. Pudo únicamente señalar los tres factores principales del proceso de transmisión, a saber: los acontecimientos y testimonios que precedieron a la Escritura y fueron sus precursores, las propias Escrituras, y la ulterior predicación y enseñanza de la Iglesia.

18. Hay que reconocer que la Conferencia de Montreal dejó pendiente la cuestión fundamental de la forma en que las Iglesias pueden discernir la única Tradición. Por lo tanto, existe el peligro de que las Iglesias identifiquen esa Tradición exclusivamente con su propia tradición. Incluso el debate sobre esta cuestión en idiomas distintos del inglés es difícil, porque la «solución» propuesta en Montreal se basó en las convenciones propias al idioma inglés sobre el uso de las mayúsculas y que pueden dar lugar a ambigüedades, por ejemplo al principio de una frase, donde no está claro si la mayúscula se emplea para designar la Tradición, o simplemente por el hecho de que comienza una frase. Estas limitaciones reconocidas no alteran el hecho de que la Conferencia de Montreal proporcionó una serie válida de distinciones entre la Tradición en el sentido de lo que Dios ha querido transmitir a lo largo de la vida de la Iglesia, la tradición como proceso mediante el cual esa transmisión tiene lugar y las tradiciones como expresiones particulares de la vida y el pensamiento cristianos. Estas tradiciones coexisten en una cierta tensión, pero pueden ser también los medios que permitan ahondar en la comprensión de la Tradición única, como equivalente del Evangelio, es decir, de la Palabra viva de Dios.

⁸ La Base de la Constitución del CMI dice lo siguiente: «El Consejo Mundial de Iglesias es una comunidad de iglesias que confiesan al Señor Jesucristo como Dios y Salvador, según el testimonio de las Escrituras, y procuran responder juntas a su vocación común, para gloria del Dios único, Padre, Hijo y Espíritu Santo».

19. Después de la Conferencia de Montreal, Fe y Constitución emprendió importantes estudios sobre la significación hermenéutica de los concilios de la Iglesia antigua⁹. Y varios informes sobre la autoridad de la Biblia fueron recopilados en un volumen como contribución a los debates hermenéuticos de aquel período¹⁰. La consulta de Odessa (1977) sobre «How does the Church teach authoritatively today» (¿Cómo enseña actualmente la Iglesia con autoridad?) abordó ciertos aspectos del problema hermenéutico, especialmente la cuestión de la continuidad y el cambio en la tradición doctrinal de la Iglesia. Por otra parte, después de la reunión de Accra (1974), la Comisión de Fe y Constitución empezó a reunir las más recientes expresiones de fe y esperanza de todo el mundo. Esos textos se publicaron en una serie de fascículos y fueron también resumidos en Bangalore (1978) en el documento: «A Common Account of Hope» (Dar cuenta de la fe común). Esta labor, que se prosiguió en el estudio de Fe y Constitución sobre la fe apostólica, favoreció la toma de conciencia de los aspectos contextuales de las confesiones de fe, tanto en el sentido de los contextos originales en los que habían surgido como en el de los efectos que habían tenido en su uso los cambiantes contextos de la vida de obediencia cristiana.

20. Los útiles resultados de todos estos estudios no evitaron que se perpetuaran los conflictos, sea entre las tradiciones, sea entre las tradiciones heredadas del pasado y las nuevas circunstancias o incluso entre las distintas formas de abordar la realidad contextual en cada Iglesia o en el marco de las relaciones entre las Iglesias. Es la razón por la que la conferencia de Santiago creyó necesario volver una vez más a las cuestiones hermenéuticas (véase n. 11 *supra*).

⁹ «The Importance of the Conciliar Process in the Ancient Church for the Ecumenical Movement», en Fe y Constitución *New Directions in Faith and Order*, Bristol 1967, doc. n. 50 (Ginebra, 1968) 49-59. Cf. también: *Councils and the Ecumenical Movement*, World Council Studies No. 5, CMI, (Ginebra, 1968).

¹⁰ «The Authority of the Bible, Louvain, 1971», en Fe y Constitución *The Bible. Its Authority and Interpretation in the Ecumenical Movement*, led. Ellen Flesseman-van Leerl, doc. n. 99, (Ginebra, ²1983) 42-57.

2. «Segun las Escrituras»

21. La autoridad fundamental de las Escrituras en el ámbito del trabajo hermenéutico no se ve debilitada por nuestra comprensión de la forma en que el texto se ha ido transmitiendo en la Iglesia a lo largo de su historia. Los textos de la Escritura así recibidos conservan su carácter de revelación después de su transmisión por vía oral. Los textos escritos han sido posteriormente interpretados mediante diversos métodos exegéticos y científicos. Al enfrentarse con la cuestión de los principios y la práctica de la interpretación, Fe y Constitución afirmó (Bristol, 1967/1968) que es importante utilizar los instrumentos de la exégesis moderna a fin de que el mensaje bíblico pueda manifestarse hoy con fuerza y con sentido. Esos instrumentos han contribuido de manera esencial a la convergencia ecuménica actual y al crecimiento de la *koinonía*. La exploración exegética del proceso de la tradición en la propia Biblia, junto con el reconocimiento de las múltiples interpretaciones de las acciones redentoras de Dios en la historia que se dieron en la Iglesia primitiva indivisa de los apóstoles, ponen de relieve las distintas formas en que la Palabra de Dios ha sido expresada en lenguaje humano y por testigos humanos. En otros términos, la Palabra de Dios se expresa en un lenguaje y por medio de testimonios que se han ido conformando en las diversas situaciones de la vida humana y están relacionados con un contexto histórico, cultural y social particular. Quiere decir también que «la propia naturaleza de los textos bíblicos hace que su interpretación requiera el uso constante del método histórico-crítico... Iya quel la Biblia no se presenta como una revelación directa de verdades intemporales, sino como el testimonio de una serie de intervenciones en las que Dios se revela a sí mismo en la historia humana»¹¹. Aunque algunas iglesias y algunos cristianos rechazan la interpretación histórico-crítica, el estudio común de las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento tiene ya tras de sí una larga historia de consenso. La hermenéutica ecuménica puede utilizar el método histórico-crítico para establecer, por ejemplo, los antecedentes

¹¹ La conclusión del documento de la Comisión Bíblica Pontificia, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (Roma 1993).

de los textos, las intenciones de los autores, o las relaciones entre los distintos libros de la Biblia.

22. Sin embargo, la interpretación no debería depender únicamente de ese método, que ahora utilizan especialistas de las más diversas tradiciones y teologías. Hay otras muchas formas de abordar el texto, algunas ya afianzadas, y otras de origen más reciente, que ayudan a discernir el sentido de las Escrituras para las Iglesias de nuestro tiempo y para las diversas situaciones que se viven en la Iglesia universal. En particular, el método histórico-crítico tiene que combinarse con una lectura en interacción crítica con la experiencia vivida, tanto de individuos como de comunidades. Otros métodos son los inherentes a la interpretación bíblica tradicional, como las lecturas patrística, litúrgica, homilética, dogmática y alegórica del texto. Entre los métodos contemporáneos figuran también los que se centran en el marco social en que originalmente aparecieron los textos (por ejemplo, las lecturas sociológicas); los que se centran en el género literario de los textos y en las relaciones internas que pueden establecerse dentro de un mismo texto o entre diversos textos (por ejemplo, los métodos semiótico y canónico); y los que se centran en el potencial que ofrece el texto para lecturas en las que se lo confronta con la realidad humana (por ejemplo, el método reactivo). Todos estos métodos pueden asimismo utilizarse en relación con fuentes extrabíblicas. Algunos sirven para explorar dimensiones del pasado hasta entonces dejadas de lado, abordando los textos a partir de la perspectiva de grupos marginados. Es el caso de los análisis de los sistemas de poder o de dominación hechos por la teología feminista o la teología de la liberación.

23. Sin embargo, la hermenéutica ecuménica no puede reducirse a la utilización de herramientas y métodos exegéticos, dejando de lado la riqueza de la experiencia de la comunidad que interpreta las Escrituras. Esa plenitud de experiencia está integrada por toda una variedad de factores, que componen, por su parte, el lugar hermenéutico en el que se interpretan las Escrituras. Entre ellos citaremos la tradición oral, las narraciones, las memorias y las liturgias, así como la vida, las enseñanzas y las decisiones de índole ética de la comunidad de creyentes. Muchas dimen-

siones de la vida de la comunidad forman parte del contexto en el que se interpretan los textos escriturarios. La Escritura tiene su origen en episodios de la vida, un calendario de fiestas, un esquema de la historia, y el testimonio vivo del pueblo de Dios. Y vuelve a cobrar vida cuando se relaciona con todo lo que expresa la vida, las fiestas, la historia y el testimonio de las comunidades de creyentes de hoy. Desde este punto de vista, la práctica de las comunidades y de los cristianos en cada uno de los diversos contextos culturales y sociales es en sí misma una lectura y una interpretación de la Escritura y no simplemente el lugar a partir del cual se abordan los textos.

24. El hecho de que los textos bíblicos tuvieran su origen en situaciones históricas concretas hace que sean testimonios de la presencia redentora del Dios Trino en esas circunstancias particulares. Sin embargo, los textos trascienden también ese marco y pasan a formar parte del mundo de los lectores de cada generación y del testimonio que da la comunidad a través de los tiempos hasta el día de hoy. Aunque está arraigada en la vida de la época en la que se le dio forma escrita, la Escritura, como testimonio inspirado, sirve de medida de la verdad y del significado de las historias humanas de hoy. En este sentido, la prioridad hermenéutica pertenece a la Palabra de Dios, que tiene autoridad crítica sobre todas las tradiciones.

25. Las relaciones, así como a veces las tensiones, que surgen entre el pasado y el presente cuando los textos bíblicos se aplican a nuestra vivencia de hoy, reflejan la dimensión escatológica de la propia Escritura. Del mismo modo que la Escritura no deja de mirar hacia adelante expresando la esperanza en el futuro de Dios, la actividad de interpretación de la Iglesia es también una proyección que anticipa la realidad del Reino de Dios, que aunque ya presente, está por venir. La lectura de «los signos de los tiempos», tanto en la historia del pasado como en los acontecimientos del presente, ha de hacerse en la perspectiva del anuncio de «las nuevas cosas que han de venir»; y esta orientación hacia el futuro es parte de la realidad de la Iglesia como comunidad hermenéutica¹². De ahí que la lucha por

¹² Véase *infra*, Sección C.

la paz, la justicia y la integridad de la creación, el sentido renovado de la misión en el testimonio y el servicio, y la liturgia en la que la Iglesia proclama y celebra la promesa del Reino de Dios y su venida en la práctica de la fe, sean partes integrantes de la constante tarea de interpretación de la Iglesia.

26. La hermenéutica ecuménica se beneficia de la diversidad de percepciones y de ideas que surgen de una reflexión bíblica llevada a cabo sobre esa base tan amplia. Un texto de la Escritura puede considerarse que tiene autoridad para una determinada cuestión de fe o de práctica, aunque los participantes en el diálogo le den distintas interpretaciones. Así pues, es posible ponerse de acuerdo respecto de una responsabilidad que se atribuya a la Iglesia pese a la diversidad de métodos hermenéuticos que hayan podido emplearse para desentrañar ese sentido de la responsabilidad en la Escritura. Por otra parte, la pertinencia de un texto no puede descartarse por el mero hecho de que uno de los participantes en el diálogo considere que determinada interpretación no se aplica a una cuestión concreta de fe o de práctica.

27. El estudio en común de la Escritura ha contribuido a hacer avanzar el ecumenismo, aunque no haya logrado hacer efectiva la unidad visible de la Iglesia. Los intérpretes de las distintas Iglesias y tradiciones no han podido alcanzar un acuerdo suficiente para ello. Todos los cristianos están de acuerdo en que la Escritura ocupa un lugar único en la formación de la fe y de la práctica cristianas. Y la mayoría conviene en que la expresión de la fe apostólica no se limita a la formulación de esa fe que se expresa en la Escritura, por cuanto normas de fe se han expresado asimismo en la vida de las Iglesias a través de los tiempos. La Iglesia recibe los textos de la Escritura como parte de la *paradosis* del Evangelio. Y el intérprete debe respetar esos textos procedentes de otros contextos y utilizarlos en el diálogo. En el proceso de interpretación, que tiene en cuenta las experiencias concretas del lector, la Escritura es la norma y el criterio primordial. Las tradiciones particulares deben ser continuamente cotejadas con esa norma, que les confiere su autenticidad y su validez. Esta respuesta a la Escritura se va configurando de forma comunitaria y ecle-

sial en el culto, en la vida sacramental que asocia el oído, el tacto y la vista, en la *anamnesis* de la vida de los testigos bíblicos y en la de los que viven el mensaje bíblico inspirados por el Espíritu Santo. La Escritura misma se remite a la única Tradición, vivida bajo la orientación del Espíritu Santo. La sola Tradición es, pues, el marco para la interpretación de la Escritura.

3. *La interpretación de los intérpretes*

28. Dentro de la misma y única Tradición, los cristianos que se esfuerzan, con la ayuda de la Escritura y de sus propias tradiciones, por discernir la voluntad de Dios para el mundo y para el pueblo llamado a dar testimonio del amor de Dios, tienen que reinterpretar constantemente los textos y las tradiciones. Y en esa tarea hermenéutica los cristianos no pueden olvidar que las interpretaciones son el fruto de circunstancias históricas especiales y que pueden surgir cuestiones nuevas de los diferentes contextos. Al examinar esas circunstancias y esas cuestiones, los cristianos que participan en la tarea hermenéutica tienen que investigar:

- el lugar a partir del cual se está interpretando el texto;
- la elección de un determinado texto para su interpretación;
- la incidencia de algunas estructuras de poder en el proceso de interpretación;
- los prejuicios y los presupuestos que pueden influir en el proceso de interpretación.

Teniendo en cuenta estos elementos¹³, la hermenéutica ecuménica tiene que operar como una hermenéutica de coherencia, poniendo de relieve la positiva complementariedad de las distintas tradiciones. Tiene que incluir también una hermenéutica de la sospecha, lo que no significa la adopción de una actitud de desconfianza, sino la aplica-

¹³ Cf. n. 6

ción a sí mismo y a los demás participantes en el diálogo de un enfoque que permita discernir la forma en que el propio interés, el poder o la identidad nacional o étnica, la condición social y el sexo influyen en la lectura de los textos o en la comprensión de los símbolos y las prácticas. Como aspecto positivo, la reciente labor llevada a cabo conjuntamente por protestantes y católicos romanos acerca de los debates de la Reforma sobre la justificación y la santificación ha conducido a un mejor entendimiento mutuo. Como aspecto negativo, en cambio, la forma en que se ha utilizado la Biblia para justificar el «apartheid» es un ejemplo de lectura selectiva que fue impugnada por la confrontación con esos enfoques hermenéuticos y otros. También en los círculos académicos y eruditos son necesarias las salvaguardias contra esas lecturas selectivas y parciales, prestando especial atención al más amplio testimonio de la Escritura y a la experiencia de los muchos oprimidos.

29. En el marco de la lucha por la paz, la justicia y la integridad de la creación, la dimensión hermenéutica de la búsqueda de la reconciliación y de la unidad puede ser dolorosa, especialmente cuando la reconciliación afecta a personas cuya historia común se ha caracterizado por la injusticia o la violencia. La interpretación de una historia así requiere una conciencia hermenéutica que permita renunciar a los estereotipos que esas historias pueden generar en las dos partes en conflicto. Este proceso hermenéutico puede exigir arrepentimiento y perdón ya que la reconciliación después de haberse cometido actos de injusticia y de violencia requiere una curación de la memoria, que no es lo mismo que el olvido del pasado. Es mucha la labor que aún queda por hacer en esta esfera de evaluación del pasado. Y, aunque nunca desaparezcan los estigmas de la crucifixión, hay que orar por que se cumpla el milagro de la resurrección a una nueva vida.

30. La hermenéutica al servicio de la unidad tiene que basarse en la hipótesis de que los que interpretan de manera distinta la tradición cristiana tienen en principio todos «buena intención en la fe»¹⁴.

¹⁴ Cf. Fe y Constitución, *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (Lima 1982), Ministerio, n. 52.

Es no sólo una condición para el diálogo, sino también uno de sus frutos cuando todos los que participan en ese diálogo pueden apreciar la sinceridad y la buena intención recíprocas, y tener confianza unos en otros. Esto significa que cada uno está tratando sinceramente de transmitir lo que Dios desea que se transmita a través de la Iglesia. Y es importante que, al dar a conocer los resultados del diálogo a las Iglesias, se transmita ese sentimiento de confianza mutua. Esto es cierto, en particular, cuando una historia caracterizada por enfrentamientos dolorosos exige una curación de los recuerdos. Dado que la diversidad puede ser expresión de la riqueza de dones del Espíritu Santo, las Iglesias están llamadas a ser conscientes de la posibilidad de una complementariedad permanente, es decir, a darse cuenta de los valores inherentes a la «alteridad», e incluso de su derecho a ser diferentes, cuando esas diferencias forman parte de la exploración del misterio divino y de la unidad basada en la voluntad de Dios. Desde este punto de vista, las diferencias pueden ser una invitación y un punto de partida para la búsqueda común de la verdad, con un espíritu de *koinonía* que supone una buena disposición para la *metanoia*, bajo la guía del Espíritu de Dios.

31. Cuando se evalúan las diferencias de interpretación y su posible complementariedad, se plantea la cuestión de la autoridad de la interpretación. Un aspecto del método ecuménico consiste en hacer lo posible por que las partes en el diálogo comprendan dónde reside la autoridad en cada Iglesia y cómo esa autoridad es entendida y recibida por cada participante. El proceso de la hermenéutica ecuménica supone no sólo una fiel comprensión e interpretación de los textos, símbolos y prácticas, sino también el análisis de la importancia que dan a esos textos, símbolos y prácticas las distintas Iglesias, tanto por lo que se refiere a la autoridad de las propias fuentes como en lo concerniente a las interpretaciones que de ellas se hagan. La claridad en cuanto a la autoridad es un elemento esencial de la dimensión de la hermenéutica que se centra en una fiel comunicación y recepción del sentido de los textos, símbolos y prácticas. Por eso, a lo largo de todo el proceso hermenéutico es preciso volver una y otra vez al estudio de las relaciones entre la Escritura, la Tradición y las tradiciones, así como de la experiencia cristiana dimanante de la liturgia y de otras prácticas.

4. *Una Tradición y muchas tradiciones*

32. La única «Tradición» significa la presencia redentora del Cristo resucitado, de generación en generación, en la comunidad de fe, mientras que las «muchas tradiciones» son las distintas formas y manifestaciones de esa presencia. La autorrevelación de Dios trasciende todas sus expresiones. ¿Cómo pueden los cristianos y las Iglesias compartir el don de la única Tradición cuando confiesan y viven según las Escrituras? ¿Cómo han de leer sus propias tradiciones a la luz de la única Tradición? Como ya se ha hecho notar, la Cuarta Conferencia Mundial abordó la cuestión de la hermenéutica en una perspectiva ecuménica, invitando a las diversas tradiciones a reconocer la sola Tradición como don de Dios. Sin embargo, reconocer esa única Tradición y permanecer en su continuidad no debería confundirse con una mera repetición del pasado que no tendría en cuenta el presente. El Espíritu Santo inspira a las Iglesias y las induce a repensar y reinterpretar cada una su tradición en diálogo con las demás, tratando siempre de encarnar la única Tradición en la unidad de la Iglesia de Dios. Las Iglesias de Dios como comunidades vivas, constituidas por la fe en Jesucristo e impulsadas por el Espíritu Santo, tienen que seguir siempre recibiendo el Evangelio en formas relacionadas con su vivencia actual. Y es en ese proceso de recepción del Evangelio en el que las comunidades cristianas son iluminadas por el Espíritu Santo para discernir la verdad de la falsedad y reconocer tanto la riqueza como las limitaciones de las distintas circunstancias geográficas, históricas, religiosas y sociales en las que se manifiesta el Evangelio. La hermenéutica ecuménica no es una empresa meramente humana. Es un acto eclesial conducido por el Espíritu, que, como tal, debería tener lugar en un ambiente de oración.

33. Las Iglesias que participan en el Movimiento Ecuménico reconocen que en el diálogo aprenden a apreciar mutuamente sus dones, así como a poner en tela de juicio las concepciones limitadas o falsas acerca de lo que Dios espera que ellas sean y hagan en el mundo. Así es cómo comienzan a definirse a sí mismas, no ya por oposición a las demás sino en función de las relaciones que existen entre ellas. Esta apertura a un nuevo entendimiento de las

tradiciones de otras Iglesias —de su historia, sus liturgias, sus mártires y santos, sus sacramentos y sus ministerios— ha transformado el ambiente ecuménico desde la Conferencia de Montreal. El intercambio de exégesis bíblicas, de enfoques teológicos sistemáticos, de estudios historiográficos y de proyectos de teología práctica ha sido un proceso muy enriquecedor. La investigación exegética se efectúa sobre la base de un debate interconfesional tanto receptivo como crítico, debate que fomenta el diálogo ecuménico. Traducciones y comentarios de la Biblia se han publicado en forma ecuménica y los calendarios litúrgicos comunes, los leccionarios, los himnarios y los libros de oración son actualmente medios adecuados de compartir los recursos espirituales entre las Iglesias.

34. Este compartir ecuménico ha creado de hecho una nueva situación ecuménica que se caracteriza por una mayor comprensión mutua que, por encima de las barreras confesionales, facilita una nueva valoración de las distintas tradiciones y testimonios de cada comunidad. Las Iglesias se encuentran ahora ante la difícil tarea de pasar de la comprensión mutua al reconocimiento mutuo en su búsqueda de la unidad visible. La hermenéutica ecuménica debería, por ejemplo, allanar el terreno para que los participantes en el diálogo expongan su particular entendimiento de la relación que existe entre «continuidad» y «discontinuidad» tal como se manifiesta en la expresión histórica de la fe del pueblo de Dios. Es lo que sucedió, por ejemplo, en el caso de la Reforma, la cual introdujo cambios en el orden de los ministerios que los reformadores veían como un retorno a la continuidad con la Iglesia primitiva, mientras que otros los consideraban como un ejemplo de discontinuidad.

35. Las tradiciones se transmiten tanto oralmente como mediante textos escritos. La hermenéutica ecuménica —como cualquier tarea hermenéutica— constituye, pues, un proceso dinámico que no se ocupa sólo de las fuentes escritas sino también de la tradición oral. Por otra parte, además de la tradición escrita y oral, el sentido de la fe se manifiesta también mediante símbolos no verbales: el arte y la música cristianas, los gestos y los colores litúrgicos, los iconos, la creación y la utilización del espacio y el tiempo

sagrados, así como los símbolos o signos cristianos, son todos importantes aspectos de la forma en que los distintos participantes en el diálogo entienden y comunican su fe. La hermenéutica ecuménica tiene que esforzarse por tener en cuenta, en su labor de interpretación, comunicación y recepción, esas ricas fuentes que son a menudo dejadas de lado. Y, al igual que en el caso de los símbolos, las personas que participan en la hermenéutica ecuménica tienen que examinar también las prácticas cristianas. Incluso cuando existe una base para la convergencia teológica sobre el significado, por ejemplo, del bautismo o la eucaristía, es preciso prestar atención a las prácticas en relación con esos ritos en las distintas comunidades eclesiales. Aquí como en otros casos, la reflexión hermenéutica puede servir de ayuda en el proceso de reconocimiento de una misma fe como base de distintas prácticas.

36. Al mismo tiempo que reconocen la nueva situación ecuménica, las Iglesias tienen cada vez más conciencia de los cambios que, en el terreno de la percepción y la recepción, está produciendo la evolución de los medios de comunicación. La palabra hablada y las imágenes visuales son especialmente importantes en la cultura cada vez más influyente de los medios audiovisuales en el mundo de hoy. El renovado valor que se da a las formas narrativas de transmisión arroja nueva luz sobre los procesos de interpretación y comunicación. Igualmente importante es inspirarse, con espíritu crítico, en las percepciones de los artistas y productores de cine que utilizan temas y símbolos de la historia cristiana.

37. Y, en última instancia, entre las muchas tradiciones eclesiales, la única Tradición se revela en la presencia viva de Cristo en el mundo, si bien no se trata de algo que pueda ser captado y controlado por el discurso humano. Es una realidad viva y escatológica que escapa a todo intento de definición lingüística y de revelación conceptual definitiva. Una forma de describir la Tradición es referirse a la capacidad eclesial para *recibir* la revelación. Esa capacidad no es sino el don del Espíritu Santo recibido por los apóstoles en Pentecostés y otorgado a todas las comunidades cristianas y a todos los miembros de la comunidad en el proceso de iniciación cristiana. Esta capacidad es el don del

Espíritu Santo que «os guiará a toda la verdad» (Jn 16,13), del Espíritu de verdad; esa verdad es, además, el mismo Jesucristo (Jn 14,6), la perfecta imagen del Padre de quien procede el Espíritu Santo. La capacidad para recibir la plenitud de la revelación se actualiza en la eucaristía celebrada por la Iglesia, que entraña tanto una escucha verbal como una encarnación de la Palabra de Dios, una participación en el *eschaton*, o sea, en el banquete del Reino.

B. UN SOLO EVANGELIO EN MUCHOS CONTEXTOS

1. *Vivir en diversos contextos*

38. Las comunidades cristianas viven en lugares y tiempos concretos, que se definen por sus características culturales, económicas, políticas y religiosas. Esos son los contextos en los que cada comunidad vive su fe, al mismo tiempo que interpreta y proclama el Evangelio. La diversidad de contextos en que viven las Iglesias exige su compromiso con la multiplicidad de riquezas de la Escritura. En otras palabras, los distintos contextos determinan la selección, así como la interpretación concreta, de las Escrituras. Determinados pasajes de la Biblia pueden, al mismo tiempo, poner en tela de juicio y afirmar un contexto dado:

- En un contexto en el que predomina la injusticia social, el Magnificat de María (Lc 1,46-55; véase también 1Sam 2,1-10) y el sermón inaugural de Jesús (Lc 4,18, que cita Is 42,7) pueden convertirse en palabras de esperanza para los pobres y los oprimidos. Y pueden ser, al mismo tiempo, palabras de condena para los opresores.
- En un contexto en el que los cristianos son una pequeña minoría entre creyentes de otras religiones, la afirmación de la condición humana común de todas las mujeres y todos los hombres como seres creados a imagen de Dios puede poner de relieve la presencia del Espíritu fuera de las Iglesias cristianas. Como se refleja en la historia del sermón de

Pablo en Atenas (Hch 17,16 y siguientes), esta conciencia de la común humanidad y de la presencia del Espíritu puede ser tanto afirmación como desafío en relación con los creyentes de otras tradiciones religiosas.

- En un contexto de nacionalismo renaciente, los mandamientos de Jesús de amar incluso a los enemigos (Mt 5,44; véase también Lv 19,34) y de distinguir entre la lealtad a Dios y la que se debe al César (Mc 12,17) pueden inmediatamente ponernos en guardia contra el peligro que existe cuando el concepto de nación es excluyente y totalitario, y afirmar la obligación cristiana de construir o reconstruir las naciones en nombre de la participación y de la reconciliación de todos (Rom 13,5-10).
- En un contexto de lo que algunos llaman pluralismo posmoderno, en el que las opciones individuales son tan importantes que ya no es posible distinguir los puntos de referencia comunes, una afirmación del compromiso y de la comunión puede ser vital. Y esa afirmación no necesita negar el valor de la libertad de la persona, sino que reconoce la tensión a que se refiere Pablo cuando escribía a los corintios: «Todo me es lícito, pero no todo edifica. Nadie busque su propio bien, sino el del otro» (1 Cor 10,23 ss).

39. El diálogo entre comunidades cristianas de distintas confesiones, así como entre diversos contextos, exige respeto y apertura. Los participantes en ese diálogo están, ante todo, llamados a respetarse mutuamente, reconociendo la tentación que existe de reducir al otro, a las propias categorías confesionales o a las categorías culturales, económicas, políticas y religiosas que forman el tejido del propio contexto. Esta actitud entraña una apertura a la *metanoia*, o sea, que cada uno esté dispuesto a reconocer las limitaciones de la propia perspectiva y a escuchar atentamente a los interlocutores y a comunicarse con ellos. Los encuentros que se caracterizan por el respeto y la apertura son con frecuencia enriquecedores. Pero también pueden dar lugar a desacuerdos que a veces se convierten en controversias.

40. Confrontadas con esas complejas interacciones, las Iglesias cristianas deberían alegrarse de los encuentros auténticos y fecundos entre el Evangelio y los diversos contextos. Deberían también discernir las falsas interpretaciones del Evangelio que pueden tener su origen en influencias contextuales, y arrepentirse de ellas. En otros términos, aunque la proclamación del Evangelio en lenguas vernáculas, utilizando la música y las costumbres locales, puede vivificar la fe de los creyentes, hay también contextos en los que algunas Iglesias han legitimado ideologías racistas, así como las instituciones políticas que las apoyan, considerándolas compatibles con el Evangelio. Análogamente, las Iglesias y las sociedades, consciente o inconscientemente, han discriminado e incluso oprimido a las mujeres, contradiciendo de ese modo el mensaje evangélico de liberación de todas las personas. Dondequiera que el Evangelio sea auténticamente asumido por diversas culturas, su interpretación y su proclamación serán fuente de vida para hombres y mujeres, jóvenes y viejos, enfermos y sanos, ricos y pobres, ignorantes y educados.

41. La actividad misionera es un buen ejemplo de las complejas interacciones que se producen entre las Iglesias y sus contextos. Algunos misioneros cristianos han ayudado en gran medida a las personas y las sociedades locales a afirmarse y expresarse con las formas de comunicación de la propia cultura. Otros se han mostrado renuentes o incapaces de relacionarse respetuosa y abiertamente con los contextos y las poblaciones locales. Históricamente, muchos misioneros estaban vinculados con los movimientos imperialistas y fueron, por consiguiente, colonialistas. El cristianismo ha seguido siendo extranjero y alienante en muchos lugares, si bien ha dado lugar a la posibilidad de transformaciones vitales. En cualquier contexto existen ambigüedades potenciales en cuanto a la forma en que se proclama el Evangelio. Y toda comunidad cristiana tiene que arrepentirse de lo que hay de alienante en la forma en que sigue proclamando el Evangelio, y renovar su compromiso, para que el Evangelio que predica sea dador de vida.

42. Todos estos encuentros ponen de relieve la complejidad de las interacciones que se dan entre las distintas confesiones y los diversos contextos, así como en cada uno de ellos. Las diferencias según el contexto han contribuido

a crear las divisiones confesionales. Y, paralelamente, comunidades de la misma familia confesional han adoptado diversas fisonomías según el contexto. Así, por ejemplo, hay una gran diferencia entre una Iglesia que haya estado presente en un país desde largo tiempo atrás y en el que sea mayoría, y otra que esté integrada por emigrantes que viven, por lo tanto, en un país extranjero. Por otra parte, comunidades pertenecientes a confesiones diferentes han reaccionado de modo distinto al mismo contexto en el que están viviendo juntas. Algunas se han opuesto a determinadas formas de nacionalismo, mientras que otras las han legitimado y apoyado. Y, aunque esos ejemplos reflejan más bien problemas debidos al contexto, no por ello han desaparecido los de carácter confesional. De hecho, es importante reconocer que algunas nuevas Iglesias han surgido precisamente como resultado de la diversidad de respuestas a un determinado problema en un contexto dado.

2. *Contextualidad y catolicidad*

43. Las muchas comunidades locales cristianas que existen en el mundo, cada una dentro de su propio contexto, se ven a sí mismas como encarnaciones de una misma Iglesia católica. Y se consideran profundamente unidas unas a otras por su relación con Dios a través de Jesucristo. Todas forman una sola familia, por cuanto todas han nacido «de agua y de Espíritu» (Jn 3,5). Para el apóstol Pablo, esa unidad está enraizada en el propio Jesús. Y por eso insta a los corintios a evitar las divisiones, interpe-lándolos: «¿Acaso está dividido Cristo?» (1Cor 1,13). Más tarde, en la misma carta, Pablo compara las comunidades cristianas a los miembros de un cuerpo, cada uno de los cuales necesita a los demás, sin que ninguno goce de una categoría especial que lo haga superior a los otros (véase 1Co 12:12-26). Esta unidad y diversidad de las comunidades cristianas procede del Espíritu Santo, que es, por otra parte, el único y mismo Espíritu que concede la maravillosa variedad de dones y ministerios (véase 1Cor 12,1-11). Esos dones y ministerios colaboran entre sí en la creación de lazos de fe y de amor que permiten a la Iglesia crecer día a día en la comunión, hasta lograrla plenamente en el Reino de Dios.

44. Para reflexionar teológicamente tanto sobre la diversidad como sobre las relaciones entre las comunidades cristianas locales, los términos «contextualidad» y «catolicidad» son especialmente útiles. La dimensión de contextualidad se remite a la interpretación y la proclamación del Evangelio en el centro mismo de la vida y la cultura de una comunidad y de un pueblo dados. Esa proclamación del Evangelio puede tratar de juzgar el contexto cultural, de separarse de la cultura en la que vive la Iglesia y también de transformar esa cultura. Como se declaró en la Consulta del CMI celebrada en Jerusalén sobre «la hermenéutica intercultural», la contextualidad «aparece cada vez que el Evangelio actúa como sal y levadura, no avasallando un contexto, sino penetrándolo y vivificándolo de formas concretas. Cuando la fe de la Iglesia es genuinamente contextual, empiezan a disiparse la vergüenza y la deshonra que pesan sobre los oprimidos que encuentran una nueva dignidad al ver no sólo sus propias vidas sino también su cultura a la luz redentora de Dios. Cuando la fe es contextual, se reconoce que el Evangelio habla a los cristianos en su idioma, se conecta con sus símbolos, responde a sus necesidades y despierta sus energías creadoras»¹⁵.

45. El término *catolicidad* procede del griego *kath'holon*, que significa «según la totalidad». Ese término se refiere a la plenitud, la integridad y la totalidad de la vida en Cristo y al carácter inclusivo y total de la comunidad cristiana¹⁶. La catolicidad, con arreglo a los antiguos credos, es una de las cualidades primarias de la Iglesia, que se atribuye ante todo a cada comunidad local, en tanto en cuanto cada comunidad expresa esa plenitud que todavía no está plenamente realizada en su fe, en su vida y en su testimonio. Las Iglesias están llamadas a crecer en el don divino de la catolicidad comprometiéndose unas con otras en estructuras colegiales y conciliares, dándose cuenta unas a otras de su fidelidad al Evangelio y orando por la acción escatológica

¹⁵ *International Review of Mission* 85 (1996) 245.

¹⁶ De estos sentidos de «catolicidad» se ha dado cuenta en el moderno Movimiento Ecuménico; véase, por ejemplo, «El Espíritu Santo y la catolicidad de la Iglesia» en *Upsala 1968: informes, declaraciones, alocuciones* (Salamanca 1969).

del Espíritu Santo. Cuando las Iglesias miran hacia el futuro con la esperanza de que en él se cumpla la promesa escatológica, lo hacen también con la mirada vuelta hacia la comunidad apostólica que se reunió en la mañana de Pentecostés. Este sentido de catolicidad a través de los tiempos, así como entre las comunidades cristianas locales de distintos contextos en cualquier edad de la historia, mantiene la esperanza en la plena realización de la vida común en Cristo.

46. Por su propia naturaleza, la Eucaristía ha de ser la celebración de una comunidad local y la manifestación de su unidad; al mismo tiempo, expresa la comunión de la Iglesia local con otras Iglesias que celebran la misma Eucaristía y con todas las que la han celebrado a través de los tiempos. De ese modo la Iglesia local experimenta la plenitud de la Iglesia y su catolicidad. Y por eso la propia celebración eucarística insta, por un lado, a cada Iglesia a compartir las necesidades y las esperanzas de las gentes del lugar en que vive y a hablar en su lengua, y, por otro lado, a superar las divisiones que impiden la celebración común de la Cena del Señor, a fin de alcanzar la unidad por la que oró Jesús (Jn 17,21).

47. Hablar a la vez de contextualidad y catolicidad aclara la relación entre la comunidad local y la más amplia comunión de todas las comunidades locales. Las interpretaciones contextuales pueden contribuir a una interpretación más profunda del Evangelio e interpelar de ese modo a la totalidad de la comunidad cristiana. Cuando una interpretación del Evangelio en un determinado contexto se centra en la injusticia o la liberación, esa interpretación no es simplemente una reivindicación contextual. También puede proponer una perspectiva que podrá examinarse y corregirse, o aplicarse en otros contextos. La catolicidad une, pues, entre sí, a todas las comunidades locales, permitiéndoles contribuir a las concepciones de los otros y ampliar sus horizontes.

48. Para ser tanto pastoral como profética, la interpretación del Evangelio tiene que ser la más pertinente para cada comunidad de creyentes en el contexto concreto en que viven. Pero ninguna interpretación puede pretender ser absoluta. Todas tienen que tener conciencia de las limitacio-

nes de cualquier perspectiva o posición. La catolicidad que une a las comunidades entre sí hace posible esa conciencia de los límites, así como un reconocimiento mutuo de la contribución que cada una de ellas puede hacer a la interpretación de las otras. De ese modo la catolicidad permite a las comunidades liberarse mutuamente de sus perspectivas unilaterales o de una excesiva insistencia en un solo aspecto del Evangelio. También les permite liberarse unas a otras de la ceguera o la servidumbre a que puede someterlas un determinado contexto; y les permite encarnar, por encima de la diversidad de contextos, la solidaridad, que es una de las marcas distintivas de la *koinonía* cristiana.

C. LA IGLESIA COMO COMUNIDAD HERMENÉUTICA

1. *El discernimiento eclesial y la verdad del Evangelio*

49. Este diálogo permanente en el que tienen lugar la catolicidad y la contextualidad caracteriza a la Iglesia como «comunidad hermenéutica». La Iglesia, ya en forma de congregación local, ya de diócesis episcopal o de comunión mundial cristiana, está llamada a interpretar los textos, los símbolos y las prácticas, a fin de discernir la Palabra de Dios como palabra de vida en todo tiempo y lugar. Esta tarea hermenéutica asumida por la Iglesia con la guía del Espíritu Santo es una condición de la misión apostólica en el mundo y para el mundo. Hablar de la Iglesia como comunidad hermenéutica equivale a decir que esta comunidad es un marco apropiado para la interpretación y la proclamación del Evangelio.

50. La hermenéutica, y quizá especialmente la hermenéutica ecuménica, no es una labor de especialistas. La hermenéutica ecuménica, en busca de la unidad visible de la Iglesia, es ante todo y sobre todo la labor de todo el pueblo reunido en comunidades creyentes en distintos contextos. Creyentes, pastores, teólogos y exégetas bíblicos tienen todos dones distintos para llevar a cabo la tarea hermenéutica. Y esos dones se combinan y se ejercen sobre todo en los distintos entornos en los que la Iglesia lleva a cabo su labor como comunidad hermenéutica.

51. Para esta labor, las Iglesias tienen que asumir nuevamente su responsabilidad de formar a sus miembros como fieles oyentes e intérpretes. Esa formación se plasma en la vida de culto¹⁷ y se alimenta de las enseñanzas conciliares, los escritos de la Iglesia primitiva y el testimonio de los santos y de los mártires. Todos estos testimonios de la fe apostólica revelan la fiel y fecunda interpretación de la palabra de Dios a través de la historia cristiana. Testifican asimismo de las formas en que cuestiones no teológicas, por ejemplo la lucha por conseguir o conservar el poder eclesiástico o político, pueden influir en las interpretaciones o distorsionarlas. Finalmente, esos testigos enseñan que las divisiones temporales pueden a la larga, cuando Dios quiera, ser más útiles para el respeto y el entendimiento mutuo que la imposición forzosa de la unidad allí donde no existe. Esa formación permitirá a los creyentes de distintas confesiones y contextos entablar relaciones de respeto y de apertura. Con la ayuda del Espíritu, esas relaciones pueden conducir a un diálogo fructífero sobre la interpretación del Evangelio y sobre la interpretación de los documentos ecuménicos consagrados a la búsqueda de la unidad visible de la Iglesia.

52. La Iglesia como comunidad hermenéutica tiene que tener conciencia de las falsas interpretaciones del Evangelio que pueden tener consecuencias contextuales negativas para la vida; por ejemplo, las interpretaciones que, como ya se ha indicado, legitimen el racismo o la explotación económica. La Iglesia como comunidad hermenéutica tiene que tener también conciencia de las falsas interpretaciones del Evangelio que amenazan o destruyen la plenitud de la vida común en Cristo. Sin olvidar, además, que incluso una fiel interpretación del Evangelio puede dar lugar a controversias y tensiones críticas, tanto en las comunidades creyentes como entre la Iglesia y el mundo. La Iglesia está llamada a ofrecer una respuesta pastoral a los que dudan o a los que plantean preguntas que perturban, así como a aquellos que sufren a causa de profundos desacuerdos. La Iglesia ejerce de ese modo el ministerio de reconciliación al que está llamada.

¹⁷ Cf. Thomas F. Best-Dagmar Heller (eds.), *So We Believe, So We Pray: Towards Koinonia in Worship*, (Ginebra, 1995).

53. La hermenéutica ecuménica toma como punto de partida la realidad según la cual las conversaciones encaminadas a una mayor unidad tienen lugar entre representantes de diversas Iglesias y de que sus contribuciones pasan por la mediación de sus respectivos antecedentes eclesiales, culturales, sociales, económicos, geográficos e históricos.

- Para que el diálogo sea genuino, esos representantes tienen que verse unos a otros como interlocutores en pie de igualdad.
- Por otra parte, tienen que hablarse unos a otros a partir de la perspectiva de sus interpretaciones tradicionales de la fe apostólica expresadas en sus documentos confesionales, sus liturgias y su vivencia particular.
- Y tienen que hacerlo, además, estando dispuestos a examinar sus propias interpretaciones con los ojos de aquellos con los que dialogan. Esto supone estar atento a las ideas que expone el interlocutor, sin olvidar la necesidad de tener en cuenta los propios prejuicios inconscientes y los límites inherentes a las propias perspectivas.

2. *Autoridad, apostolicidad y responsabilidad mutua*

54. La Iglesia como comunidad hermenéutica es responsable de transmitir fielmente el patrimonio del Evangelio en los distintos tiempos y lugares. En ese proceso, el Espíritu Santo ayuda a las Iglesias a discernir, recibir y comunicar la voluntad de Dios en las circunstancias siempre cambiantes de la vida. Las Iglesias han desarrollado a lo largo de sus historias estructuras para los ministerios específicas y diferenciadas, mediante las cuales preservan su apostolicidad, su unidad y su misión. Y a pesar de las diferentes configuraciones de esas estructuras que las Iglesias han desarrollado a lo largo de su proceso de separación, es ampliamente reconocido que esos ministerios tienen que servir al objetivo de la Iglesia de conducir a todos a la unidad con Dios por el poder del Espíritu Santo.

55. El Espíritu Santo mantiene a las Iglesias de Dios en la verdad y guía a todos los fieles a la unidad con Jesucristo (Jn 16,13), distribuye el ministerio de Cristo a todos los creyentes y los capacita para participar en la misión de Dios para la salvación del mundo. Todos los ministerios de la Iglesia están relacionados entre sí, y su autoridad procede de su identificación con el ministerio de Cristo. En los debates eclesiológicos en curso de Fe y Constitución se ha afirmado que la Iglesia es una comunión de personas corresponsables. Ninguna función, ningún don, ningún carisma pueden ser ejercidos fuera o por encima de esa comunión. Todos están relacionados a través del mismo Espíritu en el único Cuerpo. Todos los creyentes tienen, por su unidad con Jesucristo y por estar habitados por el Espíritu Santo, la posibilidad de recibir la palabra de Dios, de discernir la voluntad de Dios y de proclamar el Evangelio. Aquellos a los que Dios ha llamado para ejercer el ministerio de supervisión pastoral (*episkopé*) y cuya vocación es reconocida por la Iglesia tienen que formar al pueblo de Dios para que pueda reconocer y poner en práctica los dones que el Espíritu Santo les ha concedido a fin de poder realizar la vida y la misión de la Iglesia. Esto significa que el ministerio de supervisión debe entrañar una función hermenéutica. Y la vitalidad de la vida y la misión de la Iglesia depende de la puesta en práctica de esos dones.

56. Aunque el Espíritu Santo confiere el ministerio de Cristo a todos los creyentes, el mismo Espíritu une todos los ministerios por medio de la *episkopé*, que tiene como función sustentar y apoyar la unidad de la Iglesia local, preservar su comunión en la fe, la vida y el testimonio con todas las demás Iglesias locales, salvaguardar la apostolicidad y la catolicidad de la Iglesia local y capacitar a ésta para discernir la voluntad de Dios, proclamar el Evangelio y dar testimonio de forma creíble de la presencia de Dios en el mundo. Aunque la *episkopé* ha adoptado diversas formas según las diversas tradiciones eclesiales, las funciones de ese ministerio tienen una importancia fundamental para la unidad eclesial. Y las Iglesias cristianas siguen buscando las formas apropiadas de *episkopé* para esa unidad. Como en el caso de los demás ministerios, la *episkopé* sólo puede ejercerse dentro de la Iglesia en su totalidad y en relación con ella. Y necesita, como todos los demás, el reconocimien-

to, la colaboración, el apoyo y el asentimiento de toda la comunidad. La autoridad de la *episkopé* se basa en la autoridad del sacrificio de amor y de la humildad de Cristo (Lc 22,25-27). Si la *episkopé* se vuelve opresiva, deja de lado los carismas o impide la debida comunicación entre los distintos ministerios, se convierte en un ejercicio de poder ajeno a la autoridad de Cristo.

57. Una importante expresión de la unidad visible de la Iglesia de Dios aparece siempre que aquellos a los que se ha confiado la función de supervisión pastoral en las Iglesias se reúnen para apoyarse unos a otros, para reforzar y dar cuenta de la fe, la vida y el testimonio que los une en Cristo. La colegialidad funciona dondequiera que los encargados de esas funciones de supervisión se reúnen, disciernen, hablan y actúan de común acuerdo en nombre de toda la Iglesia. Esto significa guiar a la Iglesia mediante la sabiduría recibida en la oración, el estudio y la reflexión comunes, inspirándose en la Escritura, la tradición y la razón y permaneciendo atentos a la sabiduría y la experiencia de todas las comunidades eclesiales y del mundo contemporáneo. Tal ejercicio colegial de la supervisión pastoral es actualmente ejercido por las Iglesias que están unidas en la fe, la vida y el servicio del mundo. En algunas partes del mundo, el Movimiento Ecu­ménico ha alentado y ayudado a crear entre las Iglesias que aún no están unidas de forma visible una *episkopé* compartida en cuestiones de fe cristiana y de testimonio¹⁸.

58. Todos los que han sido bautizados en el nombre del Dios Trino están unidos con Cristo, unidos entre sí y unidos con la Iglesia de todos los tiempos y de todo lugar: este reconocimiento debiera impulsar a las Iglesias a superar sus divisiones y a manifestar de forma visible su comunión en la fe y en todos los aspectos de la vida y el testimonio cristianos. Para la realización de ese objetivo, las Iglesias están llamadas a intensificar sus consultas con otras Iglesias y a todos los niveles sobre las cuestiones importantes de fe y de disciplina. Toda Iglesia que no esté preparada para escu-

¹⁸ A este respecto puede resultar útil el informe que acerca de las nuevas formas comunes de supervisión publicará en breve Fe y Constitución con el título de *Episkopé and Episcopacy Within the Quest for Visible Unity*.

char la voz de otras Iglesias corre el peligro de no oír la verdad del Espíritu que se manifiesta en las otras Iglesias.

59. Dentro del Movimiento Ecuménico, diversas estructuras que fomentan el encuentro entre Iglesias divididas las ayudan a actuar juntas en el marco de una comunidad hermenéutica que se caracteriza por la mutua responsabilidad. Las distintas esferas de actividad del Consejo Mundial de Iglesias, por ejemplo, ofrecen una amplia gama de oportunidades para la interpretación común y la puesta en práctica del mensaje evangélico. Oportunidades similares ofrecen las relaciones bilaterales en torno al diálogo teológico, los trabajos en pro de la justicia, la paz y la integridad de la creación, y la colaboración en las esferas de la misión, la educación y la beneficencia. Al descubrir toda la riqueza de esas ocasiones de manifestar su comunión por encima de las fronteras confesionales y culturales, las Iglesias podrán quizás mejorar también la comunicación con sus propias comunidades.

60. Ya está empezando a desarrollarse en algunos ámbitos el ejercicio ecuménico de la autoridad doctrinal. Y es de esperar que puedan llegar a establecerse formas comunes de adopción de decisiones, sin perjuicio de que algunas de esas decisiones sean tomadas por las Iglesias sin tener en cuenta o incluso en contra de la opinión de las otras. Todas tienen que darse cuenta de que las nuevas expresiones de la fe tienen muchas veces su origen en los talentos y las necesidades de una Iglesia local. Y es a veces necesario reconocer los juicios y las decisiones que se toman a nivel local o regional. Después de todo, son las Iglesias locales las que han de enfrentarse directamente con las posibilidades y los fallos de sus contextos y culturas. Es preciso, pues, tener en cuenta al mismo tiempo la libertad de las diversas expresiones y la necesidad de confesar juntos, en nombre de la unidad, y con espíritu de amor recíproco y de paciencia.

61. Las Iglesias cristianas están muy apegadas a su tradición conciliar que data de sus propios orígenes (Hch 15), y durante siglos han estado reuniéndose en sínodos y concilios. Por su parte, el Movimiento Ecuménico considera los diálogos y las estructuras preparatorias de deliberación no

sólo como instrumentos para la realización de su tarea hermenéutica, sino también como paciente preparación para la reunión en un verdadero concilio ecuménico que pueda restablecer la plena *koinonía* que Dios quiere. Los diálogos y las consultas ecuménicos son, en este estadio preliminar y preparatorio, aspectos de la conciliaridad de la Iglesia. Las estructuras ecuménicas pueden ayudar a las Iglesias a comunicarse unas a otras decisiones que hayan tomado en materia de doctrina y disciplina y a prepararse para la adopción de nuevas decisiones de modo que lo que las afecta a todas pueda ser considerado por todas. Esas medidas progresivas preparan a las Iglesias para adoptar estructuras de decisión comunes, así como para examinar las cualidades más destacadas de sus diversas formas de autoridad doctrinal.

62. La calidad de la autoridad doctrinal de las Iglesias depende en gran parte de los procedimientos hermenéuticos aceptados de común acuerdo en relación con las tradiciones y las formulaciones heredadas del pasado. El conocimiento recíproco de los criterios que orientan la enseñanza autorizada que imparten (véase la nota 7) constituye una importante contribución al mutuo entendimiento. Y es de esperar que estos progresos ayuden, cuando Dios quiera, a las Iglesias a tomar juntas decisiones en cuestiones de doctrina. Una vez debidamente recibidas, esas decisiones pueden convertirse en parte de su testimonio común, según las Escrituras. Pero aún es necesario seguir trabajando para encontrar un terreno común en el que sea posible poner a prueba la calidad de autoridad de esa enseñanza.

3. *La recepción como proceso hermenéutico*

63. La búsqueda de la unidad de los cristianos divididos por diferencias culturales o sociales, o por una evolución separada en el marco de confesiones y denominaciones, requiere una atenta recepción mutua. Esa recepción, a su vez, exige el reconocimiento de la dignidad de todos como seres humanos y, en la comunidad cristiana, como hermanas y hermanos en Cristo. A esta mutua recepción de los cristianos a pesar de todas las diferencias culturales, sociales y confesionales se refiere el Apóstol Pablo cuando

escribe: «Por tanto, recibíó unos a otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios» (Rom 15,7). Las consecuencias hermenéuticas de esta recepción de unos a otros son múltiples e influyen en la actitud que las Iglesias adoptan unas con otras en relación con sus tradiciones, sus textos, sus símbolos, sus ritos y sus prácticas. La recepción de acuerdos ecuménicos entraña la apertura a otras personas y puede exigir de cada uno la transformación de su vida personal y de sus relaciones con los demás.

64. La Iglesia es una comunión de personas en relación; de ahí que una participación activa y el diálogo entre comunidades, y en cada comunidad a todos los niveles, sean una expresión de la naturaleza de la Iglesia. El ser divino del Dios Trino es la fuente y el modelo de esa comunión. El Espíritu Santo es enviado para crear la comunión confirmando el don de la fe a cada creyente. De la misma manera, el Espíritu Santo capacita a cada uno para comprender más plenamente la Palabra revelada de Dios y para aplicarla de forma más eficaz en las situaciones concretas de la vida diaria. Como «real sacerdocio» (1P 2,9), la comunidad de los bautizados participa en la recepción activa del Evangelio. Las Iglesias reconocen la necesidad de consultar a todos los niveles a sus fieles en cuestiones de doctrina. Históricamente, incluso la recepción de las concilios ecuménicos era un proceso a largo plazo y para el que se utilizaba toda una serie de medios, tales como la liturgia, la catequesis, la teología, la enseñanza de los pastores y la piedad popular. Ese proceso de recepción exigía la participación de todos los miembros de la Iglesia, según los carismas y los ministerios de cada uno.

65. En tiempos más recientes, los acuerdos cada vez más numerosos entre las Iglesias han mejorado las condiciones para una consulta, recepción y responsabilidad mutuas. Sin embargo, al mismo tiempo, la recepción de estos acuerdos en algunas Iglesias dista mucho de ser completa. La recepción de documentos ecuménicos que tienen claramente por objeto contribuir a la reunificación de comunidades cristianas divididas forma parte de la tarea ecuménica de la Iglesia como comunidad hermenéutica. El proceso de respuestas al documento BEM, por ejemplo, arroja luz sobre esta forma de recepción, indicando en

particular la diversidad de criterios que aplican las Iglesias para leer y evaluar los documentos ecuménicos. Las respuestas al documento BEM demuestran además que la recepción es algo más que una simple respuesta oficial de una Iglesia a un documento. A las Iglesias se les pidió no sólo que respondieran a un texto, sino que, además, examinaran los cambios en su propia vida y, en última instancia, en sus relaciones con otras que pudieran también reconocer en el texto la fe de la Iglesia a través de los tiempos. La recepción es asimismo un proceso que se extiende en el tiempo y en el que intervienen muchos factores, entre los que figuran un cierto nivel de educación ecuménica, la accesibilidad de los textos, la disponibilidad de recursos para su distribución y la ayuda de teólogos y ministros locales para explicar su contenido y sus consecuencias. Los foros sobre los diálogos bilaterales han contribuido en gran medida a un mejor entendimiento de todos esos factores¹⁹.

66. Una de las aplicaciones prácticas de la hermenéutica ecuménica tiene lugar en el momento de la producción y de la recepción de documentos ecuménicos. Sin embargo, es importante reconocer una considerable diferencia entre esas dos esferas. Los documentos ecuménicos son *escritos* en colaboración en el contexto de un estimulante debate en el curso del cual los participantes en el diálogo pueden preguntarse unos a otros acerca de sus respectivas interpretaciones, cuestionando sus posiciones respectivas y formulando ideas que conduzcan a una convergencia. Por otra parte, los documentos ecuménicos son leídos por personas que tienen que entablar un diálogo sin haber participado en la discusión inicial y que no han tenido la oportunidad de exponer sus propias opiniones en sus propios términos ni de verificar sus impresiones con las de los demás. Además, los documentos ecuménicos son muchas veces resultado de diálogos multilaterales, aunque generalmente se lean en la perspectiva de una sola tradición. Por eso es fundamental que los que redactan docu-

¹⁹ Cf. especialmente Fe y Constitución, *Sixth Forum on Bilateral Dialogues*, doc. n. 168, (Ginebra 1995).

mentos ecuménicos velen con especial cuidado por facilitar el intercambio a todos los niveles prestando para ello la debida atención a las dimensiones de la hermenéutica ecuménica que permiten una buena comunicación y recepción de esos documentos.

CONCLUSIÓN

67. Con el poder del Espíritu Santo, la Iglesia está llamada a ser un instrumento especial de Dios que promueve el encuentro entre la Palabra de Vida y los seres humanos. Cuando se recibe, esa Palabra alimenta como el pan vivo, que «da vida al mundo» y que los que escuchaban a Jesús le pedían diciendo «Señor, danos siempre este pan» (Jn 6,33-34).

68. Por medio de diversas formas históricas y contemporáneas de inculturación y contextualización, el pan de vida, que ha de ser partido y distribuido, sigue siendo un mismo pan. Aunque la Palabra entra en la historia, esa historicidad no la condiciona a una sola forma o formulación histórica. Y, sin embargo, esta premisa no conduce ni a una diversidad ilimitada ni a una actitud de suficiencia ecuménica. De hecho, como comunidad hermenéutica, la Iglesia está llamada a avanzar hacia la plena *koinonía*, discerniendo la Tradición viva, orientada por el Espíritu. La Iglesia no debería quedar cautiva, aferrándose a respuestas inadecuadas heredadas del pasado ni debería silenciar la Palabra de Dios negándose a reconocer la forma en que esa Palabra sigue impartiendo sentido y orientación a la vida humana. Bajo la guía del Espíritu Santo y fiel a la Tradición viva, así como por medio de formas auténticamente ecuménicas de deliberación y recepción conciliares, la Iglesia está llamada a «distinguir los signos de los tiempos» (Mt 16,3) con la mirada puesta en Aquel que está en el tiempo pero que también lo trasciende, en Aquel «que es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8).